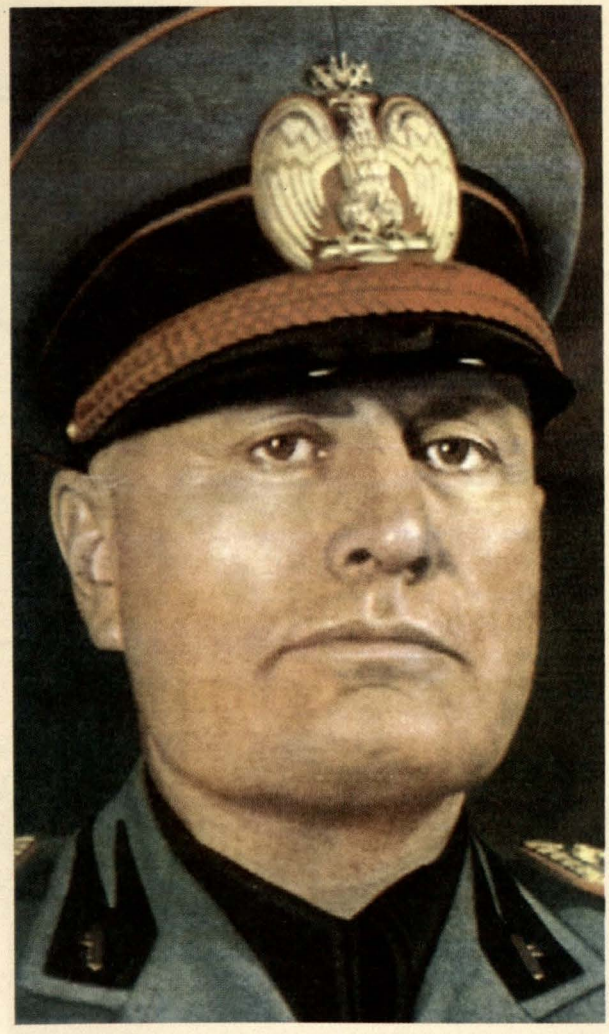
# Muerte y valentía

Marco Aurelio Denegri

Después de treinta años, he releído el libro de Carrel acerca del ser humano.

El doctor Alexis Carrel fue Premio Nobel de Medicina en 1912, y la obra, recién dicha, tuvo considerable acogida y enorme difusión hace medio siglo.

## El caso de Mussolini



*Benito Mussolini, artífice del Estado totalitario que contó con el apoyo económico de los grandes banqueros y propietarios, así como con el respaldo de las clases medias italianas.*

Dice Carrel, hablando de la talla, que en general los individuos más sensibles, despiertos y resistentes, no son grandes; y otro tanto ocurre con los hombres de genio: Mussolini era de talla mediana y Napoleón era pequeño. Así se expresa Carrel en el tercer capítulo de su libro; y en el séptimo, al referirse a "los grandes conductores de pueblos", menciona particularmente a tres: César, Napoleón y Mussolini.

El ilustre científico francés admiraba a Benito Amilcare Andrea Mussolini, y lo admiraba tanto, que lo tuvo por genio.

Leí dos biografías de Mussolini: la de Margherita Sarfatti y la de Giovanni de Luna; y además las conversaciones entre Mussolini y Emil Ludwig.

Mi impresión, en resumidas cuentas, es que Mussolini era talentoso y audaz, pero no genial.

Tres fueron, a juicio de Sarfatti, las características de su personalidad: la ambición, la grandeza y el desprecio.

La grandeza era para Mussolini metro y esencia, aunque al final no supo ser grande.

No pediremos, ciertamente, a todos los jefes y caudillos de nombradía, grandeza en el acabamiento, pero sí consecuencia, porque de lo contrario no sería la suya terminación digna ni condigna.

A lo que voy es a esto: por haber profesado Mussolini el culto de la virilidad, debió tener un final acorde con esa profesión: un final de macho. Pero no; cuando los guerrilleros de la Resistencia lo prendieron, Mussolini se acurrucaba, escondiéndose, en el fondo de un camión de las fuerzas armadas alemanas.

## El acabamiento esperable de Lope de Aguirre

Así no terminan los valientes. Los valientes terminan como Lope de Aguirre, por ejemplo, quien tuvo la consecuencia y la elegancia, que otros bravucones no tienen, de enfrentar resueltamente la muerte, de no arrugarse ante ella, según dice, y bien,



*Lope de Aguirre. Carboncillo de Germán Suárez Vértiz.*

Fernando Díaz-Plaja. (Cf. Fernando Díaz-Plaja, *Descubrimiento Particular del Amazonas*. Barcelona, Plaza & Janés, 1977, 124-125.)

El primer arcabuzazo que le dispararon lo hirió solamente en un muslo. Lope de Aguirre sonrió y dijo:

"Ese tiro no vale."

Inmediatamente, recibió otro en pleno pecho.

"¡Ése sí!", exclamó con voz entrecortada, y cayó.

Cayó sin arredrarse ni atemorizarse; antes bien, desafiante e insolente, como quien escupe por el colmillo.

Antes de que lo arcabucearan, tuvo la ocurrencia atroz de hundirle en el pecho, a su mismísima hija, un puñal, pese a la interposición de la Torralba.

"Encomiéndate a Dios –le dijo–, que no quiero que, muerto yo, vengas a ser una mala mujer ni que te llamen la hija del traidor."

Y en diciendo esto, el sanguinario Lope de Aguirre hundió su puñal en el pecho de la pobre niña.

Tampoco se amedrentaron, en absoluto, ante la inminencia de la muerte, Francisco de Carvajal, Gonzalo Pizarro y Leoncio Prado.

## Francisco de Carvajal

Francisco de Carvajal, alias "El Demonio de los Andes" (1464-1548), cortaba pescuezos con increíble desparpajo, y no sólo a hombres de guerra, como aclara don Ricardo Palma, que al fin en ellos es merma del oficio morir de mala muerte, sino inclusive a frailes y mujeres.

Hasta que llegó el día, naturalmente, en que le cortaron el pescuezo a Carvajal.

"Cuando lo colocaron –dice Palma– en un cesto arrastrado por dos mulas para sacarlo al suplicio, soltó una carcajada y se puso a cantar:

"'¡Qué fortuna! Niño en cuna, / viejo en cuna ¡Qué fortuna!'

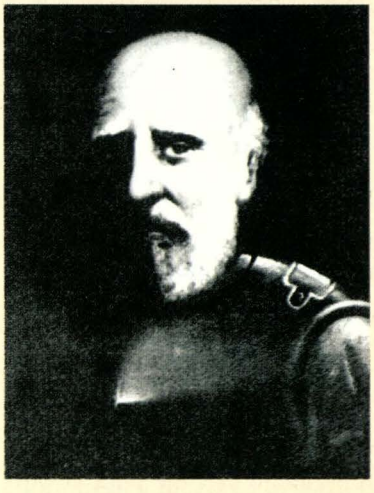
"Durante el trayecto, la muchedumbre quería arrebatar al condenado y hacerle pedazos. Carvajal, haciendo ostentación de valor y sangre fría, dijo:

"'¡Ea, señores, paso franco! No hay que arremolinarse y dejen hacer justicia'

"Y en el momento en que el verdugo Juan Enríquez se preparaba a despachar a la víctima, ésta le dijo sonriendo:

"–'Hermano Juan, trátame como de sastre a sastre.'

"–'Descuide Vuesa Merced y fíe en mi habilidad, que no he de darle causa de queja para cuando nos veamos en el otro mundo.' " (Palma, *Tradiciones*, II, 241; III, 296, 307-308.).



*Francisco de Carvajal, según un retrato conservado en el convento de San Francisco de Lima.*

## Gonzalo Pizarro

Juan Enríquez fue también el que ajustició a Gonzalo Pizarro (1502-1548), y antes del ajusticiamiento quiso ponerle una venda en los ojos; pero Gonzalo le dijo:

"–'No es menester, déjala, que estoy acostumbrado a ver la muerte de cerca.'

"–'Complazco a Vuesa Señoría –le contestó el verdugo–, que yo siempre gusté de la gente brava.' "

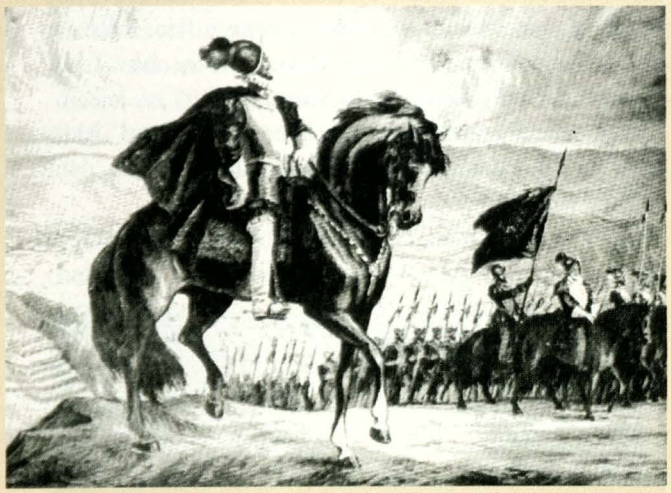
Y cuando Gonzalo vio que Enríquez sacaba el alfanje para cortarle la cabeza, le dijo:

"Haz bien tu oficio, hermano Juan."

El verdugo respondió:

"Yo se lo prometo a Vuesa Señoría."

"Diciendo esto –añade Garcilaso–, con la mano izquierda le alzó la barba, que la tenía larga, cerca de un palmo, y redonda, que se usaba entonces traerlas sin quitarles nada; y de un revés le cortó la cabeza con tanta facilidad como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano, y tardó el cuerpo algún espacio en caer al suelo. Así acabó este buen caballero." (Capítulo 43 del Libro Quinto de la Segunda Parte de los *Comentarios Reales*.)



*Gonzalo Pizarro. Óleo de Francisco Gonzales Gamarra.*

## Leoncio Prado

Refiere Palma que cuando el coronel Leoncio Prado (1853-1883) vio que ya se presentaban para fusilarlo, pidió una taza de café, y al probarlo dijo:

"–'Hacía tiempo que no gustaba un café tan exquisito.'

"Y volviéndose al oficial que mandaba a los tiradores chilenos, preguntó:

" '¿A qué hora emprenderé el viaje para el otro mundo?'

"–'Cuestión de minutos.' –contestó el oficial.

"–'Pues bien: pido una gracia, y es que se me permita mandar el fuego.'

"–'No hay inconveniente.'

"–'¿Tienen capellán las fuerzas chilenas?'

"–'No, señor.'

"–'¡Paciencia! He hecho lo que he podido por mi patria, y moriré contento.'

"En seguida pidió que, en vez de dos tiradores, se colocaran cuatro, y que le apuntasen dos al corazón y dos a la cabeza. Acordada esta nueva gracia, dijo:

"–'Al concluir la taza de café se me harán los puntos –es decir, se me pondrá en la mira–, y al dar



*Leoncio Prado.*

con la cuchara un golpe en el pocillo se hará fuego.'

"Y continuó tomando reposadamente su café.

"Ninguna idea triste nublaba su rostro. Veía sin zozobra agotarse el dulce líquido, sabiendo que en el último sorbo estaba la amargura.

"Bebió tranquilo el último trago, tocó con energía la cuchara en el pocillo, y cuatro balas diestramente dirigidas lo hicieron dormir el sueño eterno" (Palma, *Tradiciones*, IV, 234-235).

## La muerte ejemplar del Marqués Gobernador

Valentía notable la de Pizarro cuando se enfrentó a los que venían a ultimarlo.

El historiador José Antonio del Busto, uno de los mayores especialistas en Pizarro, si no el mayor, ha recreado inmejorablemente la escena del acabamiento. Véase en seguida la recreación correspondiente.

"La lucha se entabló sin ninguna ventaja para los de Chile. El Marqués, mientras luchaba, increpaba a sus enemigos duramente: '¿Qué desvergüenza tan grande ha sido ésta? ¿Por qué me queréis matar?'; los almagristas, sin atinar a responderle, sólo gritaban: '¡Traidor!'

"El bravo viejo se defendía como un león. Hasta Gómara nos dice que luchaba 'esgrimiendo la espada con tal destreza, que ninguno se acercaba, por valiente que fuese'. [...]

"[...] Tan animoso se mostró, que Juan de Herrada entendió que así no lo vencerían nunca y, recu-



*Retrato de Francisco Pizarro, de autor anónimo, que se conserva en el Archivo General de Indias, de Sevilla.*

rriendo a un ardid traicionero, tomó a uno de los suyos apellidado Narváez y lo empujó hacia Pizarro; el Marqués lo recibió con la espada, pero el peso del cuerpo lo hizo retroceder, aprovechando entonces los de Chile para traspasar el umbral de la cámara a la carrera y rodearlo. Pizarro continuó la lucha; ésta ya no era ofensiva sino defensiva. Era la contienda del águila contra los cuervos hambrientos; era el arrojo que se defendía de la cobardía y la traición. Se hizo un anillo de atacantes en torno del Gobernador: el anillo giró con frenesí de odio, luego se cerró con intención de muerte. Cuando se volvió a abrir para contemplar su obra, el Marqués estaba lleno de heridas y apoyado en el suelo: la mayor de ellas le había causado una estocada en el cuello que le había cortado la carótida. [...]

"[...] El Marqués, todavía consciente, se desplomó sobre el piso ensangrentado. Sintiendo las ansias de la muerte pidió confesión, se llevó la mano izquierda a la garganta y mojando los dedos en la sangre hizo la cruz con ellos, luego balbuceó el nombre de Jesús y pretendió darle un beso a la cruz... No pudo hacerlo, porque uno de los de Chile decidió ultimarlo y, tomando un cántaro de barro, se lo quebró en la cara. El Marqués se desplomó definitivamente y quedó quieto en el suelo.

"Y mientras los asesinos salían gritando: '¡Viva el Rey, muerto es el tirano!' y los rezagados bajaban fatigados la escalera comentando: '¡cómo era valiente [h]ombre el marqués!', arriba –con el rostro hundido en su sangre guerrera– yacía el Conquistador del Perú." (José Antonio del Busto, *Pizarro*. Lima, Ediciones COPÉ, Petróleos del Perú, Departamento de Relaciones Públicas, 2000-2001, II, 418-419.)

## Un caso de valentía extraordinaria

Un célebre viajero veneciano refiere haber visto en la India una manifestación por de contado casi nunca imitada de valentía en la hora suprema (*).

He aquí su testimonio:

"Cuando algún hombre ha hecho algo malo, por lo que deba perder la vida, pide si puede matarse él mismo por amor o por honor a tal o cual ídolo. El rey contesta que le place mucho.

"Entonces los parientes y amigos del malhechor lo cogen y lo ponen en una carreta, le dan una docena de cuchillos, lo pasean por toda la ciudad y van pregonando:

"'¡Este hombre valiente se va a dar muerte él mismo por amor a tal ídolo!'

"Cuando llegan al lugar donde debe hacerse justicia, el que debe morir coge un cuchillo y grita muy alto:

" '¡Muero por amor a tal ídolo!'

"Una vez que ha dicho esto se clava un cuchillo en un brazo, luego en el otro y después en distintas partes del cuerpo, hasta que se mata. Cuando ha muerto, los parientes lo queman con gran alegría." (Marco Polo, *Viajes*. "II Milione." Barcelona, Editorial Iberia, 1957, c. 151, p. 187.)

(*) Alfonso Reyes y Arturo Capdevila, polígrafos y prosistas muy estimables, que conocían a fondo nuestro idioma y lo dominaban, dijeron siempre por de contado.
Por de contado, que significa por supuesto, sin ninguna duda, naturalmente, ciertamente, claro es, claro está, desde luego, etcétera, es la forma académica, hoy prácticamente en desuso por haberse difundido tanto la expresión por descontado, que yo nunca digo ni diré, aunque la Real Academia Española la haya aprobado e incluido en su Diccionario.
Comparto en esto, y plenamente, el sentir del maestro Cuervo, a saber: que los hablistas haríamos mal en renunciar a los buenos usos de lo antiguo por modas e imposiciones que suelen hoy multiplicarse a impulsos de una ignorancia profunda y deplorable.

## La terminación pirofórica de Calcuchímac

Esta terminación pirofórica me recuerda la de otro valiente, Calcuchímac.

Calcuchímac fue quemado vivo en la Plaza de Jaquijahuana, el 12 de noviembre de 1533.

"Murió heroicamente –dice Porras–, negándose a que le bautizaran, invocando a sus dioses, el Sol y Pachacámac, concitando la venganza de Quisquis." (Raúl Porras Barrenechea, *Pizarro*. Lima, Editorial Pizarro, 1978, 249.)

Comparada con esta muerte, la de Atahualpa resulta indigna. Tuvo por eso razón Federico More cuando dijo que no entendía por qué no nos daba asco Atahualpa, "ese emperador cobarde que carece de la noción de su imperio, que ignora la magnitud de su poder y que no mide la impotencia de sus adversarios". ([Federico More] *Andanzas de Federico More*. Selección y prólogo de Francisco Igartua. Lima, Editorial Navarrete, 1989, 197.)



***Marco Aurelio Denegri***

*Polígrafo, vale decir, autor que se ocupa de materias diversas. También es doctor en Derecho, bibliógrafo, traductor y audiófilo. Tiene juntamente formación universitaria y autodidáctica. Ha publicado hasta la fecha 17 libros; verbigracia, Obscenidad y Pornografía, Arte y Ciencia de la Gallística, Cuestión de Olfato, El Arte Erótico de Mihály Zichy, De esto y aquello, etcétera.*

*Conduce actualmente en Televisión Nacional del Perú (TNP), el programa 'La Función de la Palabra'. Dirige y produce programas culturales en la televisión nacional desde 1973.*